Tras doce años, la Argentina debe volver al mundo

La política exterior del kirchnerismo aisló a la Argentina. La presencia y el prestigio de nuestro país en el mundo no cesaron de declinar durante los últimos años y perdimos muchas oportunidades para promover nuestros intereses en el escenario internacional.
Las circunstancias económicas internacionales a partir del 2003 fueron promisorias para nuestro país. Los términos de intercambio de nuestro comercio exterior fueron favorables, la tasa de interés internacional bajísima y el acelerado crecimiento económico de los países emergentes nos abrió inmensas oportunidades para expandir nuestras exportaciones y atraer inversiones productivas.
En el campo de la geopolítica, el surgimiento de los BRIC's (Brasil, Rusia, la India y China) y el fortalecimiento de numerosos países emergentes en Asia, América Latina, África, Medio Oriente y el Este de Europa, posibilitaban el desarrollo de nuevas e intensas relaciones en un mundo diverso y multipolar.
Por primera vez, desde el fin de la Segunda Guerra Mundial, se le presentaba a la Argentina la posibilidad de acceder a nuevos mercados y de recuperar en términos estratégicos un mayor protagonismo para promover sus intereses nacionales de largo plazo.
La tradicional hegemonía que los Estados Unidos y Europa ejercían en nuestra región se veía naturalmente acotada por el surgimiento de nuevos jugadores. Las circunstancias nos brindaban la posibilidad de profundizar las relaciones con nuestros socios tradicionales (Brasil, Europa y los Estados Unidos) y simultáneamente, sin generar antagonismos, diversificar y desarrollar relaciones económicas y estratégicas fructíferas con los nuevos actores que surgían en el escenario.
Pero la estrategia de inserción internacional de los últimos doce años no supo interpretar la nueva realidad. La política exterior de los gobiernos Kirchner, cegada por una visión localista y maniquea del mundo, desaprovechó las circunstancias.
Su capacidad para diseñar estrategias e implementar cursos de acción alternativos fue de bajo vuelo. Una Cancillería donde se impuso la militancia partidista por sobre el profesionalismo diplomático se dejó llevar por ideas y proyectos irrealistas. A menudo perdió el rumbo y generó innecesarios corto circuitos con numerosos países amigos.
La política exterior estuvo excesivamente dominada por consideraciones de política doméstica como por ejemplo, el conflicto de las plantas pasteras y el cierre de los puentes al Uruguay, los cortes al aprovisionamiento del gas natural a las principales ciudades chilenas y el apoyo "militante" brindado al crecientemente autoritario gobierno chavista de Venezuela.
En materia de comercio internacional predominaron las medidas discrecionales e ilegales (instrumentadas en gran parte para compensar el creciente atraso cambiario). Esto generó un sinnúmero de controversias comerciales. La Organización Mundial del Comercio recientemente falló en contra de nuestro país y ahora tendremos que eliminar las prácticas ilegales o exponernos a sufrir severas represalias.
Las relaciones con los Estados Unidos, Europa y Japón fueron frías y distantes. Desperdiciamos el acceso preferencial que gozábamos en el mercado norteamericano para diversos productos regionales a través del "sistema de preferencias generalizadas". Por iniciativa propia, bloqueamos las negociaciones de un acuerdo de libre comercio entre

Europa y el Mercosur. Debido a nuestra falta de interés, la presencia del Japón en el país fue prácticamente nula.
El gobierno anterior no supo atraer inversiones extranjeras directas que aumentaran la producción local y generaran nuevos empleos en el país. La Argentina recibió menos inversiones extranjeras directas que Brasil, Méjico, Chile, Colombia y Perú.
Tampoco se promovió la diversificación del patrón exportador. Seguimos exportando los mismos productos que exportábamos hace quince años y nuestro comercio con Brasil, China y los Estados Unidos es estructuralmente deficitario.
En el campo financiero, a pesar que ya pasaron 14 años desde la crisis financiera del 2001/2002, el país sigue en "default" y sin acceso al crédito internacional. La supuesta renegociación exitosa cerrada con el Club de París en el 2014 no consiguió reabrir el "crédito de proveedores" al sector privado nacional.
Respecto al Mercosur y a la integración regional, predominó la retórica sobre el realismo. El Mercosur sufre una profunda crisis que debilita el sentido estratégico del proyecto de integración. El gobierno hizo poco y nada para consolidar la "unión aduanera" prevista: las aduanas nacionales siguen vigentes para el tráfico intra-regional, el nomenclador aduanero común no está vigente y el arancel externo común está perforado por numerosas excepciones. Además, distorsionó el funcionamiento de la "zona de libre comercio" existente a través de la introducción de medidas restrictivas no arancelarias.
La presencia en nuestro país de los nuevos actores internacionales (en particular China, la India y Rusia) creció durante los últimos años. Respecto a la relación con China, los avances fueron significativos. Se concretaron acuerdos que sientan precedentes para una relación fructífera en el largo plazo.
Pero se priorizó el financiamiento de la obra pública ejecutada por grandes contratistas chinos sin llamado a licitación pública internacional. Esto creó serios reparos respecto a los costos y la calidad de las obras a ejecutarse. Lo que la Argentina requiere de China, y no se hizo, son inversiones de riesgo en actividades exportadoras (producción e infraestructura) que abran mercados internacionales para nuestra producción.
El gobierno del presidente Macri recibe en el campo internacional una pesada herencia. Modificar la penosa situación actual requerirá tiempo y esfuerzo. Sin embargo, los beneficios de volver a insertar a la Argentina en el mundo serán enormes tanto en términos de progreso económico como de fortalecimiento de nuestra posición y prestigio en el escenario mundial.

Felipe de la Balze. Economista y negociador internacional